

## ALDO MANUCIO, EL VIEJO

Byron dice, hablando de Venecia tal como era en el siglo XVI:

From spoils of nations, and the exhaustless East  
Pour'd in her lap all gems in sparkling showers. (1)

Pero en cambio de las perlas y piedras preciosas que recibía del Oriente, esparcía otras más valiosas que las que engendra la mar, que las que el sol hace nacer. Estampaba en hojas, preparadas según el método de Guttenberg, tesoros de sabiduría ó de razón, semejantes á los que alaba la Escritura, "que ni los devora el orín ni la polilla, ni los ladrones los desentierran ni roban."

¿Qué puesto habría reservado Platón en su República al pobre obrero que hubiera tenido el atrevimiento de decirle: "Quiero, no te rías de mi proyecto, quiero, vas á decir que estoy loco, quiero, á pesar de tus movimientos de cabeza, quiero escribir con un solo movimiento de la mano, con sólo un esfuerzo del brazo, con sólo un brote de mi pensamiento, todo lo que una hoja de considerable tamaño puede recibir de mano del copista más hábil, durante horas, días, semanas enteras?"

Platón quizá habría escuchado con paciencia al obrero de Maguncia, pero sin coronarlo de flores como á Homero.

Y, sin embargo, el querer del obrero alemán se había cumplido; Aldo Manucio ponía por obra el nuevo procedimiento, y Platón era uno de los autores cuyos ensueños portentosos iba esparciendo por el mundo el movimiento casi automático del brazo de un obrero ignorante.

Aquellos ensueños, llevados primeramente á bordo de una galera veneciana, en el saco de viaje de un pasajero inteligente, trasladados en seguida á pesada carreta tirada por mulas, iban á esparcirse luégo por Italia, Francia, Alemania, Inglaterra, dondequiera que hubiera un hom-

(1) Childe Harold. Cant. IV, estrofa II.

bre instruído en el arte de la lectura. En Italia, el sucesor de Pedro, el Papa, con los nombres diversos de Sixto IV, Inocencio VIII, Pío III, favorecía el invento de Guttenberg.

Fue en las vecindades de Roma, en el monasterio de Subiaco, cuyos monjes eran casi todos de origen alemán, donde se fundó una de las primeras imprentas que se conocieron en Italia: enviábanse las pruebas, para que las corrigiera, á Giannandrea de Bussi, discípulo de Vittorino de Feltre. Giannandrea no ganaba en este oficio sino lo indispensable para pagar el barbero, como lo dice él mismo, en són de queja, en el prólogo á la edición de Aulio Gelio, revisada por él. Más tarde, de simple sacerdote fue ensalzado á Obispo de Aleria, en Córcega, y se estableció en Roma, á donde se había trasladado la imprenta de Subiaco. Allí le encontramos, bajo el pontificado de Pío IV, corrigiendo pruebas con el exquisito esmero é inteligencia de siempre; pero en esta ocasión, á Dios gracias, al abrigo de toda necesidad.

En aquella época Venecia era el puerto en que desembarcaban casi todos los griegos que venían huyendo de Constantinopla. ALDO MANUCIO (1) y sus doctos amigos,

(1) Hay tres Manucios ilustres: ALDO MANUCIO, el antiguo ó el mayor, de quien se trata en el presente artículo, nació en los Estados Pontificios en 1447, y murió en Venecia en 1515. Es el príncipe de los impresores clásicos italianos. Sus ediciones dan la misma fe que los manuscritos originales. Su mejor obra es la edición *princeps* de las obras de Aristóteles. ALDO, además de impresor, fue autor de varias obras sabias y eruditas: una gramática latina, otra griega, un diccionario greco-latino, etc.

Pablo, hijo del anterior, heredó la imprenta, la habilidad y la erudición de su padre. Perseguido en Venecia por sus émulos, pasó á Roma, donde Pío IV y Gregorio XIII le colmaron de honores y le confieron la imprenta del Capitolio. Es autor de un comentario sobre Cicerón, muy estimado entre los sabios, y de una edición regia del Orador romano. Escribió varias obras originales sobre historia. Nació en Venecia en 1512, † en 1574.

ALDO MANUCIO, el Joven ó el menor, hijo de Pablo, nació en Venecia en 1547, † en 1597. Siguió á su padre á Roma, volvió á su patria á





sentados en la ribera, espían la vela que se veía aparecer á lo lejos. Apenas el navío se había mojado en las aguas del canal, cuando saltaban á una góndola, abordaban la nave y se llevaban en triunfo á los proscritos al cómodo alojamiento que ya les tenían preparado. Casi siempre el griego pagaba el hospedaje con algún antiguo manuscrito. MANUCIO reunía al día siguiente á sus amigos; desarrollaban el volumen, escrutaban el texto, comparaban las diversas lecciones; y después de la investigación más prolija enviaban el libro á las cajas. Comenzaba entonces otra tarea más paciente que la anterior: cada página en pruebas iba pasando por el examen minucioso, implacable de cada uno de los miembros del areópago aquel. Cada corrector iba indicando al margen, con los signos acostumbrados, las distracciones del obrero, las erratas del copista; iba llenando los márgenes de notas, apostillas, variantes, glosas, que volvían impresas en una segunda prueba; y éste se tornaba á leer y escrudiñar hasta que ALDO le ponía al pie el *imprimase*. Había adoptado el sabio impresor la divisa de Vespasiano: "Apresúrate despacio," y esta otra: "Trabaja barato." Sus volúmenes, joyas bibliográficas, en que la elegancia del texto corre parejas con la elegancia del tipo, se vendían á lo que hoy diríamos dos francos. ¡Quién puede imaginar el gozo de un estudiante que, por unos pocos ducados, se hacía dueño de una biblioteca compuesta de Homero, Virgilio, Horacio, Demóstenes; biblioteca portátil que podía, á semejanza de Bias, llevar en la maleta de viaje! porque el viejo ALDO había renunciado al atlántico formato alemán y adoptado el *in-octavo*.

En ocasiones, algún hombre ávido de saber partía de

---

dirigir la Imprenta Aldina, que cedió luego á uno de sus obreros: Nicolo Manassi. Fué á Roma, donde regentó una cátedra de elocuencia y se encargó de la Tipografía Vaticana. Escribió doctos comentarios á los clásicos, un tratado de Ortografía latina y la historia de su familia.

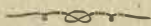
La marca de imprenta de los Aldos es un delfín enroscado en una áncora.—*Nota de la Redacción.*

las riberas del Rin ó de la capital del mundo católico para estudiar en Venecia el despertar del pensamiento antiguo, que venía realizándose allí aun antes de la caída de Constantinopla. Se le recibía en palmas; ALDO lo alojaba en su palacio, es decir, en su imprenta. A vista de aquella colmena donde tantos obreros trabajaban bajo la dirección de una inteligencia, reina de la fábrica, el extranjero se determinaba á mezclarse al enjambre y á contribuir á la labor común con unas gotas de la miel que había logrado recoger en sus viajes dilatados. ALDO le ponía entonces, sonriéndose, un gorro de papel, y en virtud de aquella investidura quedaba nombrado y posesionado corrector de imprenta. Entre aquellos correctores se contaron Erasmo de Rotterdam, astro de Germania; Jerónimo Aleandro, á la sazón oscuro todavía, después nombre brillantísimo en la República cristiana. Aleandro, en los días más prósperos de su vida, cuando acababa de triunfar de la herejía luterana en la dieta de Nurenberg, recordaba como la mejor época de su vida aquella en que había estado corrigiendo pruebas de imprenta en los talleres de ALDO MANUCIO. Erasmo, al contrario, respondió al sarcasmo de un émulo suyo: "En el taller de ALDO, di mucho en ciencia, y nada recibí en cambio." A lo cual replicó el áspero Escalígero: "De corrector en la imprenta de Manucio no fuiste sino un semihombre; en cambio, como bebedor, valías como Gerión, el gigante de tres cabezas."

No sólo reprodujo MANUCIO obras latinas, griegas, hebraicas: no se olvidaba de su cara Italia, dueña del sitio de honor en sus afectos. Hoy se reputa como el hallazgo de un tesoro la adquisición de alguno de aquellos poemas en lengua toscana, impresos por ALDO con intachable esmero, y que antes de entregarse al público habían sido revisados por Bembo, Andrea Navagiero, Ranieri, Marino Sanuto, Benedetto Ramberti, Battista Egnazio, etc. Marco Musuro, el revisor de los libros griegos, estuvo preparando en casa de ALDO, una edición de las obras de Platón, que no llegó á publicarse sino bajo el reinado de León X.

Aquellos letrados vivían felices al lado de ALDO, comían á su mesa frugal, en la que el plato de lujo era cohombros empapados en vinagre. De Venecia no conocían sino la plaza de San Marcos, donde se paseaban al caer el sol, después de diez horas de trabajo, para fortificarse el cerebro con las brisas marinas que venían del Oriente. Algunos habían escrito, como ALDO, en la puerta de su gabinete de trabajo: “¿Tienes algo que decirme? Entra, dilo pronto y véte.”

M. AUDIN (1)



## LAS SIBILAS DE RAFAEL

Virgenès de una raza sobrehumana  
Inaccesible á nuestras hondas penas,  
Os arrobáis tranquilas y serenas,  
Contemplando otra edad al hombre arcana.

Ninguna baja excitación liviana  
Perturba el ritmo igual de vuestras venas;  
Evas sin tentador, de gracia llenas,  
Que no teméis estragos del mañana.

Vuestra arrogante majestad procera,  
Vuestra noble, magnífica hermosura,  
El alma llenan de emoción sagrada.

Y si una de vosotras descendiera  
Al polvo vil, de vuestra excelsa altura,  
Viera á sus pies la humanidad postrada.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

(1) Histoire de León X et de son siècle. Troisième édition. Paris: L. Maisson, 1850. Tomo, I.